

PALABRA EN LIBERTAD



COLECCIÓN LITERATURA
Serie Poesía • José Gorostiza

Antología del Taller Literario
del Centro de Reinserción Social
del Estado de Tabasco

PALABRA
EN LIBERTAD

CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA



TABASCO

Primera edición: 2019

© 2019, los autores por los textos.

D.R. © 2019, Secretaría de Cultura de Tabasco
Calle Andrés Sánchez Magallanes #1124
Fraccionamiento Portal del Agua
Colonia Centro, Villahermosa
C.P. 86000
Tabasco, México

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra,
sea cual fuere el medio, sin el consentimiento por escrito
del titular de los derechos correspondientes.

ISBN: 978-607-8428-94-6

Impreso en México - *Printed in Mexico*

UN VUELO HACIA TUS MANOS

*S*eis autores, cinco mujeres y un hombre, integran esta antología literaria, la tercera de las que se han formado en el Taller literario que se imparte en el área femenil del Centro de Reinserción Social del Estado de Tabasco. Las dos primeras –Palabras en vuelo y Vuelo en tierra–, ya fueron publicadas y presentadas; esta tercera, Palabra en libertad, es la que ahora nos ocupa y ve la luz.

Las antologadas son Rosa Livi Calderón, María Guadalupe Jiménez Torres, Antonia de Jesús Meléndez Marín, Jacqueline Salmerón, Griselda del Carmen Torres Zurita y el único varón del taller, Paulino López Gómez.

Rosa Livi Calderón participa en las tres antologías nombradas. Su narrativa se nutre de recuerdos y vivencias infantiles, como puede leerse en los textos «El árbol de mi infancia» y «Las palabras de papá».

María Guadalupe Jiménez Torres colabora con los poemas «Las aves que miro en el cielo» y «Felicidad y espera».

Antonia de Jesús Meléndez Marín nos presenta los poemas «Libre», «A estudiar», «Sociedad» y «El hombre ideal».

Jacqueline Salmerón nos regala cinco breves cuentos en los que suelta su imaginación para recrear dos mitos universales: «El sueño de volar», que evoca a Ícaro, y «Las tonteras del Rey Midas», al monarca frigio; además de dos cuentos infantiles: «El pescadito de la fuente» y «La ranita de la fuente», así como una historia que aborda problemas contemporáneos.

Griselda del Carmen Torres Zurita nos ofrece el cuento «Monchito y el cajón mágico», y los poemas «Para mi

amado esposo en su cumpleaños», «Absoluta libertad» y «El lugar».

Y de Paulino López Gómez, el único varón del grupo, encontramos prosas como las «Razones del corazón», «Amor y cárcel», «Un día más de visita», «Libertad», «El cuerdazo» y «La hamaca»

Estos textos llenos de lirisimo y profundidad vuelan hacia la libertad, buscando remontar las lecturas que les darán su razón y finalidad de ser. Sólo esperamos que cuando este libro se pose en tus manos escuches el canto de libertad de sus palabras.

*Luis Alonso Fernández Suárez
Coordinador*

El árbol de mi infancia

I

Cruzó los árboles del área de reserva en el parque, tres cuadras le separaban de su objetivo. Después de quince años regresaba a la casa del abuelo. El abuelo ya no estaba pero la casa aún era de la familia.

Caminé y se derramaron los recuerdos.

Asomada al pasado, me vi bajo el gran árbol, sintiendo el refrescante aroma de su floración, que de abril a junio de cada año era la ruta para llegar al agridulce fruto. Miré el hervidero de abejas y otros insectos multicolores y, muy especialmente, las cigarras buscando en sus vuelos, como en cámara lenta, su lugar en alguna rama. Se aferraban gritando y gritando la consumación de toda su vida. A veces encontraba sus cadáveres pegados a las ramas.

Hermoso el árbol de tamarindo, casi tan fuerte como el abuelo Ben (de raza africana), cuya negritud invadió mi espíritu, aunque no mi piel. Aquél, de un bello porte, elevada estatura, amplio tórax y fuertes brazos, que me llevaban hasta las nubes casi como cuando subía al Hermoso. Superviviente del mar de Las Antillas. Superviviente, igual que el bello árbol.

II

El árbol, mi árbol, mecía suavemente sus grandes ramas y con ellas otras más pequeñas de las que salían ramillas con muchas hojitas de un verde intenso que, cuando tiernas, parecían iluminar su follaje con un tono verde que refulgía de vez en cuando. Yo imaginaba que era un lago de refrescantes aguas en las que mis ojos se zambullían en persecución de cientos de pececillos color madera, que saltaban y al instante desaparecían... Saliendo de mi ensueño sólo eran vainas maduras de la fruta movidas por el viento.

Me sonreía con su verdeo ondulante. Me decía poemas sacados de los silbos robados al viento y de los trinos de las aves. Me cantaba una canción sin letra cuando me llevaba al país de los abrazos hasta soñar despierta y, cuando dormida, miraba a los duendes hacer una ronda en silencio, como en adoración al gran árbol: tomaban sus manos y danzaban alrededor del tronco, y luego saltaban hasta alcanzar las ramas.

Luego cortaban los frutos maduros y, con su carga, iban a prender una fogata que alimentaban con los frutos. Ahí ardían, y cada vez que alzaba la llama y chisporroteaba la hoguera, se desprendían mariposas de dorado fuego que revoloteaban en la oscuridad, iluminándolo todo. Después, cansados y felices, se abrazaban al viejo tronco y se fundían en él.

Siempre ese sueño que culminaba conmigo sobrevolando sobre el patio, con la rapidez de un murciélago y, al final, me posaba en la copa del Hermoso. Al despertar me invadía la desilusión; me acurrucaba a mi hermana y volvía a dormir.

III

A unos cuantos metros de la base del tronco, nacían las ramas como grandes brazos que competían por atrapar las nubes. Ninguna lograba su intento porque entre ellas se estorbaban unas a otras, jalándose e interponiéndose cuando una pretendía estirar sus manos, haciendo que pareciera un baile al ritmo de la música que producían al chocar entre ellas y el canto de las hojas en el viento (que les contaba el cuento de que las llevaría a agarrar las nubes), que luego se calmaba dejando escuchar un suave seseo que producían las hojitas cuando la brisa, que decía ser bisnieta de un huracán antiguo, decidía pasar por el patio a visitar el Hermoso.

En ocasiones, las ramas peleaban con el viento; se oía cuando le arrancaban jirones de su ropa cuando él se ponía juguetón con ellas; lo acorralaban como si quisieran apresarlos para revolver el tiempo y conseguir alcanzar las nubes. El Hermoso era viejo. El abuelo dijo que tal vez tendría unos ciento cincuenta años y que cuando él lo conoció ya lucía como tal. El abuelo entonces tenía sesenta años.

Fue la abuela que lo bautizó como Hermoso porque así se llamaba un caballo de no recuerdo cuál raza que tuvo mi abuelo, del que dijo «tenía un porte gallardo y hermoso». Hermoso, mi árbol lo era, sin duda. A su fronda llegaban muchas aves para comer sus frutos. Los pájaros que pasaban por el patio no resistían su apostura y quedaban presos de los encantos de esa casa abierta.

IV

Desde el suelo, yo contaba y recontaba los inquietos inquilinos. Especialmente miraba a las torcazas, las dulces palomas azules, hacer sus nidos con mutuos arrullos. Las calandrias de abril y mayo tejían desaforadamente sus cestitas para anidar; iban y venían, y ya en el suelo, muy cerca de mí —que permanecía inmóvil dentro de una caja de cartón pintada de verde, y de la que, por unos agujeros que le había hecho, salía mi cabeza, mis brazos y mis pies, para que creyeran que era otro animal, «tal vez una tortuga grandota», habría agregado el abuelo Ben, que tuvo la idea de fabricar el escondite—, daban saltitos aquí y allá, recogiendo briznas de hierba seca y palitos.

Las veía presurosas volar a la panza del gigante y, cuando el sol caía, todas ellas prorrumpían en una delirante sinfonía para deleite del abuelo que era un adorador de los pájaros y los árboles, y deleite mío, que era una niñita de siete años que seguía su ejemplo, y para todo el patio y sus alrededores.

Yo creo que de ese modo daban gracias al Hermoso por todo lo que por ellas hacía. Me parecía que el árbol se sonrojaba por esa atención de las calandrias. Más tarde me di cuenta que era el sol dorado de la tarde tocando las altas ramas del Hermoso.

V

A media mañana, después de despejarse y calentarse un poco, las verdes iguanas asomaban sus cabezas de viejas

que empezaban su diario menú, masticando tiernas hojitas, las cuales probé un día pues tenía curiosidad por saber qué sabor tenían después de ver con qué fruición ellas las comían. Por cierto tenían un sabor acidito y agarroso.

Masticaban y masticaban con disimulo, haciéndose las tontas. De vez en cuando se paraban y miraban de lado, fingiendo no verme. De pronto se desprendía de alguna rama, cola color naranja, un gran macho que había estado oculto.

A las iguanas yo las trampeaba; mi hermana mayor tenía un escondite en la parte central del árbol, donde nacen las ramas principales. Para subir ahí tenía una escalera hecha de cuerdas, misma que si no quería ser molestada, subía hasta donde estaba. Por ella yo trepaba a trazar un camino de hojas de lechuga o repollo robados a la abuela; el camino llegaba al suelo. Tal olor no lo podían resistir y por comelonas se obligaban a bajar para darse un atracón. Sólo así las pude disfrutar muy de cerca. A veces podía tocar sus colas; creo que por mi camuflaje ellas me creían un reptil más. Mi gorro y guantes verdes me permitieron estar con ellas, y claro que también la caja pintada de verde.

Eran muchas, las estuve alimentando por varios meses y se hicieron casi domésticas. Entre tiempo y tiempo se dejaban ver otras jóvenes y algunos bebés, que nacían en la arena que rodeaba un macizo de bambúes en el lindero del patio, al lado de un foso en el que había muchas ranas y que el abuelo excavó para recoger el agua de lluvia y así evitar que el patio se inundara.

Un día, mientras hacía el camino de hojas de lechuga, al apoyarme en una rama, sentí cómo ésta se deslizó

suavemente; al mirarla vi una boa de buen tamaño que subía por ella. Las aves hicieron un gran barullo. Una parecía gritar «secomenmishuevos», «secomenmishuevos», y otra, tal vez su enemiga o quizás era estéril, me hacía oír como carcajadas: «Ja, ja, ja...». Esa estridencia no paró hasta que la víbora, quizá porque comió huevos o polluelos, se ocultó en su nicho a reposar la digestión. ¡Qué mundo, a mis siete años!

Cosas así le vinieron a la mente mientras caminaba. Cruzó la última calle y miró su objetivo. ¡Vaya sorpresa! Una gran casa ocupaba parte del patio; al frente un recortado césped con un rosal bien cuidado; un hermoso comedor redondo de diez sillas bien dispuestas, cubierta de cristal y de base un tocón de madera, muy brillante... con barniz natural.

Las palabras de papá

I

Recortadita. Parecía un pequeño corcho. Tapón de sidra. Morenita, con cabellos brillosos y ojitos de un bruñido negro. Metía las narices en todo.

Una tarde, Calabacita llevó a su hermnno de tres años a la puerta de la casa del abuelo, y le pidió que mirara el cielo cargado de nubes de lluvia pronta a caer. Dijo al pequeño que papá les mandaría un mensaje.

Papá estaba trabajando en los Estados Unidos; decidió irse después que mamá se fue con papá Dios para siempre. Yo vi cuando papá se fue; eso pasó al día siguiente que lloró mucho, con la abuela. Cuando dijo que no podía seguir en la casa, y también le dijo que nos cuidara.

Igual, vi de cerca a mamá con los ojos cerrados. Ya nunca me pudo volver a mirar, ni me volvió a cantar aquella canción:

En este nidito
de la chupa-azahar
tengo una cosita
que te voy a dar.
No es queso,
no es hueso
sino un dulce beso
para regalar...

Mamá me decía ese poemita tomándome de las manos, cuando me llamaba y yo corría a su regazo; terminando de cantar me daba un gran beso y yo la abrazaba fuerte.

La recordaba sentada, con su vestido blanco con flores azul pastel, siempre amable y atendiendo a los clientes de su tienda y Calabacita jugando alrededor de ella.

—¡Mamá! —dijo, y se ahogó con el amor que le sobraba.

II

Fuertemente apretada, bajó su cabeza al pecho y suspiró. El pequeño la miró expectante, pero ella cerró los ojos para ver a su padre cantándoles para dormirlos, y escuchó cuando él —al resistirse ellos a dormir— les ordenaba amorosamente que cubrieran sus ojos con sus manitas, y le oían decir la historia del monstruo come perros.

Como papá no estaba, sólo había en su corazón la tristeza de la soledad que hace dos veces huérfano a un niño o niña sensible, y en su pequeño reflexionar se preguntó si su hermanito también sentía lo mismo. Pero se dijo que como era chiquito aún no podía sentir esa tristeza.

La niña sintió sus lágrimas calientes y abrió los ojos.

El cielo gris se parecía a su tristeza, pero se dijo que su hermanito no tenía por qué estar solo, sin mamá, sin papá, de su cuenta corría.

De pronto gritó: «¡Mira!, ¡mira! No dejes de mirar el cielo, papá nos mandará un mensaje», y saltando gritaba de nuevo: «¡Ves!, ¡ves!»

—Papá dice que nunca nos dejará!

Un gran relámpago había iluminado el cielo.

Las aves que miro en el cielo

Todo me desanima
cuando veo las aves
que vuelan,
¿hacia dónde?... ¡no sé!
Eso llamado libertad:
una fiesta de alegría
rodeada de mi familia
–María Fernanda, mi hija;
Plutarco Jiménez, mi padre;
y Domingo Asencio, mi pareja.

Una lágrima escapa de mis ojos
mientras escribo este poema
que espero habrá de volar
como esas aves que
a veces miro
en el cielo
azul.

Felicidad y espera

Cada nota, cada canción
es un recuerdo,
días van y días vienen
y el lugar sigue siendo el mismo.

Esperando estoy con ansias...
las llaves de la libertad
para volar sin mirar atrás.

Ese día caerán
lágrimas de felicidad;
la dolorosa espera terminará.

Razones del corazón

Mi nombre es Paulino López Gómez y leer y escribir me produce un gran placer. Decirlo a los amigos es muy satisfactorio. Es verdad que la música de la voz es dulce, pero el cántico que relata el corazón es la voz pura del cielo... ¡cierto!, cuando ésta nace del alma: el gusto de las letras, el sabor de las palabras... y a mí me gusta reír y llorar al recitarlas a quien me escuche, y más en un lugar donde la realidad cotidiana se transforma en un espacio de ruptura; es claro que la educación es la llave que transforma a las personas y a las sociedades. Y aquí contamos con espacios culturales y, principalmente, educativos, gracias a esas personas que tienen el valor y la confianza de venir a este lugar a impartir sus conocimientos. Porque ese entendimiento no es tan sólo un don, es una luz en el alma que hace razonar el corazón.

Esto es lo que creo: vivamos un día cada vez, pero vivamos cada día como si fuese el último. Y yo ruego que pueda hacerme un poco más valiente para encarar las pruebas de la vida, y nunca dudar de los altos ideales que me he formado para hacer frente a la vida cara a cara, sin temor; que pueda ser más paciente con aquellos que, vacilantes, se apoyan en mí. Sacar provecho de los errores que cometí, y dejar que se desvanezcan mis recuerdos, que pueda siempre tener fe en aquellos que pusieron su confianza en mí, y que este Amado celestial al que le pido, me permita demostrar que hoy vale la pena.

Para captar la importancia de la voz interna, a la que necesitamos escuchar, tengo la convicción de que es el aspecto intuitivo y espiritual de nosotros los humanos —la voz interna— lo que nos da el conocimiento y la paz, y nos indica la dirección a tomar ante los vendavales de la vida. No separados sino unidos por el amor y la comprensión.

Perdonar no hace pequeño a nadie. Con cuánto rencor podemos vivir, si a eso se puede llamar vida. Cuatro paredes tienen que hacer reflexionar y cambiar nuestro modo de pensar. Hay padres, hermanos, hijos, esposas que nos esperan que lleguemos con una mejor actitud para poder integrarnos a la sociedad.

Pero eso no se logra si en nuestro corazón aún hay rencor. ¡Tenemos que cambiar!, mirar hacia adelante, y sacar lo mejor de nosotros, todo lo positivo, y dejar en el olvido lo negativo. La sociedad necesita de gente con la capacidad de perdonar y abrazar sin rencor, con el entusiasmo para trabajar, para lograr un mejor mañana donde se pueda vivir en paz.

Amor y cárcel

La brisa del viento es burla fría tras el cemento congelado de las paredes del alma. Los fantasmas de la libertad se burlan de mis circunstancias, aun el insecto más pequeño parece ser más feliz que yo bajo la luz del sol; nada sana mi dolor; mi corazón en cada latido me hace recordar esta realidad. El amor te obliga a soñar, y las cadenas del alma se forjan y duelen de verdad; el amor intenta hacer lo suyo, mientras las barreras de la razón hacen peldaños de barro.

El amor hizo que los rincones del alma se expandan y ocupen espacios que desconocía de mí mismo. Un día en los brazos de quien te ama es como un segundo de vida. Pero un segundo sin libertad para amar no se recupera con toda la eternidad; quien quiera dañar sabe que primero debe causar desolación y desesperanza, debe apagar las luces que iluminan el abismo de flores.

Pero quien ama, al final hallará la victoria, aunque todo sea cárcel. Quien ama encuentra la salida y hace espacios en el alma que la razón nunca entenderá. El amor es símbolo de eternidad, barre el sentido del tiempo, destruyendo todo recuerdo de un principio, y todo temor a un fin; amor es arriesgar la vida completa sabiendo que al final se ganará, y aunque este día sea una prisión cerrada, el amor prevalecerá.

Un día más de visita

Un día más de pena pero a la vez de gran valor; porque el amor se demuestra en un día de visita, cuando la familia se asemeja a un enjambre: todos en fila, cruzando sus miradas anhelantes, suspirando, así, animosos y sonriendo, con el afán de ver, oír y abrazar a su interno.

Es fastidiosa y desesperante esa larga espera, ya sea por la lluvia cuando hay mal tiempo o por el sofocante sol de los ardientes días. Es estresante y cansado ese trayecto.

Un día más de visita pero a la vez de pena, donde el reo, más emocionado, se desespera, se impacienta, y no quita su mirada de la puerta para ver entrar su visita; pero ya llegado el momento de ver a su familia, muchos sonríen, otros suspiran, ahora sí con aliento ligero, casi casi les vuelve el alma al cuerpo; esos instantes son de alegría, de entusiasmo, abrazos y besos, más cuando la familia viene de lejos, esos momentos perduran mucho tiempo.

Así se vive y se disfruta la verdadera intensidad de la armonía familiar, como se espera un festejo, ya sea una Navidad o un Año Nuevo. Es una sensación muy placentera, llena de alegría y de emoción, y desesperación; así también es la despedida, abrazos y besos: «pórtate bien, por favor», «no me olviden». Con gran sentimiento se expresan entre sollozos las palabras: «Les espero», «nos vemos la próxima visita», «les amo», «les quiero, familia».

Libertad

La noche está muy avanzada, la soledad se viste de sombras. ¡Oh visión! ¡Oh sueño! En el silencio de la noche triste la profunda oscuridad invade mi ser; mi pensamiento, cual golondrina fugaz, rompe la barrera del tiempo y me lanza hacia un pasado que no me permito recordar, y adonde no quiero regresar jamás.

¿Fui feliz? ¿Esa era la felicidad? ¿Era esa la cima de la felicidad? ¡No! Ahora descubro cosas nuevas en esta prisión, donde el latido de mi corazón es más fuerte que mi voz, donde mi grito se ahoga con una canción, donde mis lágrimas brotan por un perdón y... ¡No!, este no es mi lugar, pero aquí estoy, mis alas no crecen, no puedo volar, me asfixio, sufro, me muero y tú no estás: Ahora te entiendo en la necesidad de cultivar una rosa, de sentir el fresco de la mañana y escuchar el golpe caprichoso del mar; ahora comprendo tus consejos, tus señales, tus abrazos; ahora sé que no tienen precio.

¿Cómo comprar el vuelo de una mariposa?, ¿el canto de un pajarillo o la sonrisa de un niño? ¿Cómo comprar el amanecer en los brazos de mi amada, o el atardecer en casa de mi madre?

Y aquí, arrepentido, con los brazos al cielo doy gracias por mi vida y espero tenerte pronto, mi adorada... ¡libertad!

El cuerdazo

Es para mí de gran valor expresar un pensamiento, o más bien una reflexión de conciencia, pues quien lo vive lo comprende; pero hay quienes no alcanzan a imaginar lo que esto significa, aunque también hay quienes comparten la comprensión de nuestras vivencias, autoridades, amigos que no te olvidan y, principalmente, la familia.

Crecí en un pequeño poblado, con gente de trabajo. Al lado de mis padres, me sentía muy feliz, realizando; ¡qué gran ejemplo fueron para mí!, mas no entiendo por qué después me perdí... y así crecí, como una oveja perdida y sin saber por qué caminaba por la vida. Vagué sin rumbo y sin fe, semejándome a una paja azotada por los vientos; perdido hasta el pensamiento llegué a este lugar, donde comencé a sentirme muy solo, y comencé a llorar; pero caray, misericordioso fue Dios que al estar yo agonizando me mandó un hábito de vida.

Y fue una noche inolvidable y terrible al escuchar el bullicio de los vigilantes, el abrir de los candados y oír cuando nombraban a los primeros compañeros; verlos salir con sus rostros tristes y decaídos hacia los camiones nos entristecía a todos. Era un «cuerdazo». Tal vez a las Islas Marías o a Almoloya de Juárez. Dios, para hacer más triste el traslado, dejó que los cielos emitieran sus lamentos. Y en verdad así fue; en ese instante, como si todo se confabulara, se escuchó el lamento de los cielos, el zumbido del viento y las más tristes lágrimas que hu-

biese podido verter la Magdalena, en un aguacero que bañaba a mis compañeros.

El amor de Dios es tan grande y tan inmenso que puede llenar toda una vida en un instante, cubrir el universo en un segundo, y toda una eternidad en un lugar tan estrecho como éste. En ese momento, como una luz que se encendía en mi alma, llegaste tú a mis pensamientos, pensando que Dios con su infinito amor te separó de mí.

Y todo quedó en silencio, sólo reinaba la calma. Al día siguiente todo era incertidumbre, zozobra; nos mirábamos unos a otros preguntándonos a quiénes se llevaron y quiénes quedamos. Pero, al fin, ahí estabas Tú, como una luz en la oscuridad de mi destino, como agua fresca en la sequedad de mi amargura; aquí, en mi duro calvario, estabas Tú con tu amor, amor verdadero, ése que quiero vivir hoy. Y tanta es mi fe en Ti, mi gran Señor Dios Cordero, que alumbrarás mi sendero, así creo yo, con su amor, amor verdadero.

La hamaca

Hoy me encuentro solo y triste, sufriendo con amargura, recordando a una señora llamada Libertad, pero aquí estoy con otra que es horrible en verdad y tiene por nombre Soledad.

Cuando caes en prisión empiezan los desengaños, te abandonan los amigos y hasta tus propios hermanos... pero en fin, no estoy solo, me acompaña «Soledad», el ocio y mil pensamientos, esos que hacen del preso un cautivo de los anhelos y las esperanzas, y sólo es la falta de centavos lo que roba la calma.

La familia está en casa y carece de sustento, de doctor, de medicinas, amigos y consuelo. Como hombre de carácter, uno se sobrepone, pues tiene un compromiso con ella, y una idea brilla de pronto... «Si una hamaca yo tejiera las cosas podrían cambiar». Pero ¿qué cosas se necesitan para tejer una hamaca?, pues hilos y un bastidor, que los hilos de mis fuerzas, sangre de mis venas son.

Con la luz de la ilusión cierras los ojos y sueñas que del cielo. el Creador de bienes tus manos llena; Dios como respuesta a tu alma le revela que su amor es infinito y que es realidad su promesa de atender a los gemidos de presos y presas.

Y a poco, con diligencia, ya está el bastidor y empiezas con calma tensa, convirtiéndose en arañas los dedos por la destreza; y en enérgicas maniobras de días de hilar y vueltas, de ir y venir, la franja del tejido

crece centímetro a centímetro, y al final es esmeralda la red que has tejido con dolores en tu espalda.

Una hamaca yo te vendo, hazme el favor de comprarla, en ella además de mi trabajo, mis esperanzas y mi corazón, está el sustento de mi casa. ¡Una hamaca yo te vendo, hazme el favor de comprarla!

Libre

Los días pasan y pasan
y yo entre cuatro paredes
deseando volver con mi gente,
añorando mi completa libertad.

Soy libre, ¡sí!
Aquí he conocido la fe,
la esperanza y el amor;
aquí he vuelto a ser feliz,
aquí he vuelto a sonreír.

Me gusta ver el sol de cada mañana,
me gusta que la brisa toque mi cara,
me gusta ver las gotas de lluvia,
me gusta ser buena persona cada día.

Pero lo que más me gusta
es que aprendí a ser feliz;
por eso soy ¡libre!
—gracias a lo que aprendí
cuando a Dios conocí.

A estudiar

Cada segundo en este lugar
es muy valioso para progresar
y con esta gran oportunidad
hoy nos podemos superar.

Enseñémosle a la sociedad
lo alto que podemos llegar
y aunque haya necesidad
aún es tiempo para estudiar.

La familia orgullosa estará
compartiendo esta gran felicidad
hoy añoramos la libertad
y el diploma levantar.

Con la ayuda de Dios bendito
y estudiando con afán
les digo a mis compañeras
que lo podemos lograr.

Sociedad

La sociedad señala la pobreza
pero no ve lo que sufre:
la crisis eterna en que viven
por la falta de trabajo,
el crimen y la inseguridad;
la carencia de lo necesario:
vivienda, luz, agua y alimentación
y el estudio de los hijos,
diversiones... ni soñarlas.
Siempre en zozobra,
tentados a cometer el error
de caer en el crimen,
y cuando son encarcelados
segregados y sin libertad,
mantienen la esperanza
de aprender algún oficio,
y poniendo su fe en Dios,
mejorar y cambiar como humanos.

El hombre ideal

Cuando te veo llegar
mi corazón palpita y ríe;
cuando estoy en tu presencia
dejo de sentir el tiempo.

Nunca pensé que amaría
a alguien tan bello como tú:
has aparecido en mi vida
y amorosamente me llevas de la mano,
y no quiero ya que me sueltes
porque me das paz, tranquilidad y amor,
que tanto necesito hoy.

¡Eres el hombre que siempre amaré...
te amo Jesús!

El sueño de volar

Había una vez un joven llamado Jícaro que soñaba ser un pájaro, y tanto fue su soñar que se construyó de cera y plumas un par de alas. Se tardó muchos meses para fabricarlas. Un día le preguntó su papá que para qué quería esas alas tan grandes, y él le contestó:

—Papá, yo quiero volar alto, hasta llegar al cielo.

Su papá le dijo que eso no podía ser porque el cielo no tiene final, pero Jícaro no se quedó con lo que su papá le decía.

Una tarde fue a un cerro y desde ahí vio que podía alcanzar el cielo. Regresó ya casi oscureciendo a casa y dijo a su padre:

—Papá, mañana temprano voy a subir al cerro. ¿Me quieres acompañar?

Su padre le contestó:

—Claro, hijo, te acompañaré adonde tú vayas.

—Mañana quiero volar.

Su papá, muy pensativo, sólo escuchó.

Jícaro empezó a tocar sus alas hechas con sus propias manos.

La noche se hizo muy larga para él y más corta para su padre, pensando que al querer volar con esas alas, su hijo podía lastimarse o perder la vida.

Jícaro se levantó muy temprano, abrió la ventana y miró el cielo satisfecho. Se dirigió a su padre y le dijo:

—Ya estoy listo.

—Yo también —contestó su progenitor.

Salieron los dos juntos de la casa con rumbo al cerro; ya estando en él, Jícaro gritó:

—¡Papá, se va a hacer realidad mi sueño! ¡Mi gran sueño de volar y ver todo alrededor!, ¡veré los pájaros más cerca!, y también ¡el cielo!

Cuando ya estuvo listo, se despidió de su padre, que lo abrazó tan fuerte que parecía no querer soltarlo. Apenas pudo, Jícaro se puso las alas y se aventó. Empezó a volar alto y en cada empuje del viento más subía y más alto llegaba, tanto que en el cerro su padre lo perdió de vista y no pudo distinguirlo entre los pájaros. Comenzó a gritarle:

—¡Jíiicarooo! ¡No vuelas tan alto que tus alas se van a derretir con el calor del sol!

El muchacho con alas no lo escuchaba, seguía subiendo y, entre más alto ascendía, el sol calentaba más la cera que empezó a derretirse. Entretenido como estaba en mirar los pájaros y los lugares del mundo, no se dio cuenta que las plumas se estaban desprendiendo. Él seguía gozando de su vuelo, sin preocuparse cuándo regresaría a la tierra. Su sueño se había hecho realidad.

Su padre lo buscaba desesperado mirando el cielo, de pronto vio cómo Jícaro se fue desplomando, cayendo, cayendo, cayendo... hasta hundirse en el profundo mar.

Jícaro ya no salió, había muerto por lograr hacer realidad su sueño de volar.

Las tonteras del rey Midas

Hace muchos años, en un pueblo cerca de la villa y puerto de Sánchez Magallanes, vivía un rey llamado Midas. Este rey estaba casado con una mujer muy bonita que se llamaba Mélida; ella era sobresalientemente alta, delgada, de ojos claros, cabello negro y largo, muy amable y hermosa.

Midas en cambio era exageradamente egoísta. Un día unos niños estaban jugando en su terreno, el rey los vio y fue a correrlos con un palo en la mano. A pesar de ser como era, su mujer estaba enamorada de él.

Una mañana, el rey Midas se fue a bañar al río y al llegar vio una sirena. Ella no se dio cuenta de la llegada del rey y éste la atrapó con una tarraya que llevaba para capturar peces para el almuerzo. La sirena luchó tratando de liberarse pero no pudo.

El rey la sacó del agua y dijo:

—Te voy a llevar a mi casa para enseñarte a todos mis amigos.

La sirena respondió:

—Si me sueltas te voy a conceder un deseo.

—Está bien —dijo el rey—, quiero que me des el poder de convertir en oro todo lo que toque.

—Concedido —respondió la sirena, y se lanzó al agua.

El rey se puso muy contento. Cuando llegó a su casa le dijo a su mujer:

—Sírreme una jícara de pozol que tengo sed.

Su mujer fue a la cocina y le llevó la bebida espumo-

sa y fresca. El rey la saboreó con la vista, pero cuando agarró la jícara se volvió de oro al igual que el espumoso pozol. Al ver eso, el rey le pidió un poco de agua, y también se convirtió en oro, y lo mismo pasó con la comida que le sirvieron.

Asustado y hambriento, el rey regresó al río a buscar a la sirena para pedirle que le quitara el poder, y comenzó a llamarla a gritos, caminando de arriba abajo por toda la orilla, pero el extraño pez no aparecía y fue después de tres horas, cuando el rey ya estaba llorando, que ella surgió de las aguas.

—¿Qué deseas? —le preguntó.

El rey respondió:

—Sirenita, por favor, quítame este poder que me diste. No me deja vivir.

La sirena dijo:

—Si lo voy a hacer, pero quiero que dejes de ser egoísta y que seas más amable con los niños y quieras mucho a tu mujer.

—Está bien —contestó el rey desesperado.

—Vete a tu casa, cuando llegues ya no tendrás el poder.

El rey regresó corriendo a su casa y le dijo a su mujer:

—¡Tráeme otra jícara de pozol, por favor, mi bella princesa!

La mujer un tanto extrañada por el trato amable hizo lo que le pidió. Cuando el rey vio la jícara, la agarró con las dos manos y se la empinó toda. Así fue como Midas se volvió un rey cariñoso y amable.

Natita

Natita se la pasa sentada en un sillón tejiendo, porque a ella le gusta tejer. Ella tenía una gatita a la que llamaba Nena. Un día, muy temprano, se puso a platicar con ella, mientras la felina jugaba con un bollo de estambre. Siempre decía que Nena era lo mejor que tenía. Ese día llegó el señor que entregaba la leche. Nati, como la llamaban sus amigas, abrió la puerta y recibió la leche, no se dio cuenta que Nena escapó. Cuando regresó a la sala empezó a llamarla, buscándola por todos lados, pero pasó el día y la gatita no apareció.

Al otro día, muy temprano, puso una tabla con un anuncio en un árbol que estaba frente a su casa. El aviso ofrecía una recompensa a quien le devolviese a Nena. Con pintura negra escribió en la tabla:

Si ven una gatita color gris con manchas blancas, regréensmela por favor y les daré una recompensa.

Pasaban los días y Nena no aparecía. Nati tenía una hija llamada Angélica, a la que mandó a buscar, y muy triste le dijo:

—Hija, la Nena no aparece.

—¡Ay mamá!, te voy a buscar otra gatita —respondió Angélica para consolarla.

—¡No, no y no! —se negó Nati—, yo quiero a la Nena, quiero a la Nena.

—Está bien mamá —dijo Angélica, viendo la tristeza

de su madre—. ¿No recuerdas quién más vino,

—Nadie —repuso Nati—, solamente yo y Nena estábamos aquí.

—Alguien debió llevársela, tienes que recordar quién vino.

—Pues sólo el vende agua, el vende leche y el vende pan.

—Y quién vino antes de que se perdiera la Nena.

—El vende leche —dijo Nati.

—Pues mañana voy a verlo al expendio.

Y al otro día fue temprano y lo esperó en la entrada. Cuando llegó el vende leche en su carro, Angélica se acercó disimuladamente y vio que dentro estaba la gatita, entonces ella le dijo al hombre:

—Señor, sería usted tan amable de entregarme la gatita que está en su carro, por favor.

El lechero no encontraba cómo explicarle a Angélica, así que abrió el carro y se la entregó; luego le dijo:

—No sabía que era de ustedes, la encontré en la calle y pensé que si no la agarraba la iba atropellar un carro, por eso la tomé. Le pido me disculpe.

—No se preocupe, mi mamá se pondrá feliz cuando la vea, y le voy a platicar lo que usted hizo.

Y mientras la joven regresaba a la casa de su mamá, ésta había salido a buscar a Nena por el vecindario, Angélica tuvo que dejar a la gatita en la casa y salir a buscar a su mamá, preguntándole a quienes encontraba si no la habían visto.

—Señor, ¿no ha visto por aquí a una señora bastante grande, con una bata de casa y bastón?

—Acabo de salir de mi casa y no he visto a nadie así.

Más adelante le preguntó a un muchacho:

—Joven, ¿ha visto a una señora bastante grande con bata de casa y bastón? Ella es mi madre.

—¡No señora, no la he visto!, pero si quiere le ayudo a encontrarla —los dos comenzaron a caminar buscando a Natita. la buscaron por varias cuadras sin éxito. Cansados se sentaron en una banquetta. Entonces el joven preguntó:

—¿Vives con tu mamá?

—No, vivo aparte, con mis dos hijos.

—¿Y ya fuiste a tu casa a ver si está ahí?

—No.

—Entonces vamos allá, a lo mejor te fue a buscar.

Y tomaron un autobús. En el camino el joven le preguntó cómo se llamaba.

—Me llamo Angélica, ¿y tú?

—Yo soy José Ángel.

—Qué bonito es tu nombre —exclamó ella.

Y José Ángel respondió:

—Casi casi se parecen.

—¿Verdad que sí? —dijo ella.

Y en la plática se les fue el tiempo hasta que llegaron a la colonia donde vivía Angélica. Cuando bajaron, ella se sorprendió al ver que sus hijos pequeños jugaban en el parque lejos de casa.

—Qué raro, la muchacha no los saca cuando yo no estoy —entonces vio que en una banca estaba su mamá. Contenta fue y la abrazó.

—¿Qué crees? —le dijo—, encontré a tu Nena, la tenía el lechero porque la encontró en la calle y pensó que podían aplastarla un auto y la levantó. Te manda disculpas.

Natita se puso muy contenta de oír buenas noticias,

y viendo al muchacho que acompañaba a su hija, volteó a ver a Angélica y le preguntó:

—Y este joven, ¿quién es?

—Es José Ángel, fue quien me ayudó a buscarte.

—Muchas gracias, joven.

—No hay de qué señora, me da gusto que todo terminara bien. Me tengo que ir porque entro a trabajar en la tarde.

—Te acompaño a la parada —se ofreció Angélica—. Mamá, mete a los niños, ahorita regreso.

—Sí, hija, no te preocupes, que le vaya bien, joven.

—Hasta luego, señora.

Angélica y José Ángel se dirigieron a la parada, y en lo que pasaba el camión se pusieron a platicar. Ángel le preguntó si podía verla de nuevo y ella dijo que sí, que el domingo en la tarde podían encontrarse. Se pusieron de acuerdo dónde se verían y se despidieron con un beso en la mejilla porque ya venía el autobús. Cuando él se fue, Angélica regresó a su casa.

—Mamá, te voy a llevar a tu casa para que veas a la Nena.

Natita se despidió de los nietos y salió con su hija. Cuando llegaron a la casa, Natita no sabía qué hacer con Nena, le sirvió un plato de leche que la gatita bebió a lengüetazos. Después Nena se puso a jugar con la bola de estambre. Natita dijo que no volvería a descuidarla, y se sentó en su sillón a costurar.

Esta fue la historia de la gatita Nena y su ama Natita.

El pescado de la fuente

Un día un niño llamado Ramiro fue a la fuente que tenían en el jardín de la casa y vio un pescadito en el agua, el niño le habló y el pescadito se asomó para ver dónde estaba el que le hablaba. Viendo eso, Ramiro comenzó a cantarle:

Lindo pescadito
No quieres salir
A jugar conmigo
Vamos al jardín
A jugar con mi aro
Tú vas a brincar

Y el pescadito respondió:

Yo quiero jugar
Mi madre me ha dicho
No salgas de aquí
Porque si te sales
Te van a freír

Y le contesta el niño:

No tengas pendiente
Porque si tu sales
Te voy a cuidar

El pescadito salta y exclama:

Si quieres que juegue
Tú debes entrar
Y así los juntos
Vamos a nadar

Dice entonces Ramiro:

Yo no sé nadar
Y si entro en el agua
Me puedo ahogar

Concluye el pescadito:

No debes temer
Porque si tú entras
Yo te enseñaré
A mover tus manos
Y a patalear

Entonces Ramiro se metió en la fuente y comenzó a hacer lo que el pescadito decía, a mover pies y manos con el pescadito nadando junto a él. Mientras chapoleaban se pusieron a platicar. Él le dijo que era muy bonito y que siempre iba a venir a visitarlo. Cansado de jugar, el niño se salió y el pescadito muy alegre se alejó.

Al otro día el niño no fue a verlo y el que hacía la limpieza de la fuente vio al pescadito y quiso llevárselo, pero el pescadito nadó rápido y se escapó por una coladera que desembocaba al río.

Cuando Ramiro fue a verlo y no lo encontró se puso

muy triste y de pesar se enfermó. Sus padres le preguntaron qué tenía y él contestó que su amigo el pescadito se había ido. El niño estaba tan desolado que sus papás decidieron distraerlo, y lo llevaron de día de campo. El papá llevó una caña de pescar y le dijo a Ramiro que lo acompañara a orilla del río.

Mientras el papá lanzaba el cordel y se ponía a esperar a que picaran los peces, Ramiro se puso a lanzar piedras hasta la otra orilla. Entonces el papá le dijo:

—¡Mira Ramiro, aquel pescadito de colores está muy bonito!

Ramiro dejó de tirar piedras y miró hacia donde le indicaba su papá.

—¡Papá, ese es mi amigo, el pescadito que estaba en la fuente —gritó el niño.

—No hijo —dijo el papá—, son muchos los peces que hay en el río y todos se parecen.

Entonces Ramiro comenzó a cantar para que lo oyera el pescadito, y aquél empezó a saltar de gusto.

Lindo pescadito
Di que haces aquí

El pescadito respondió:

Vivo en el río
Con mis amigos
Cuando tú quieras
Venirme a ver
Muchos amigos
Vas a tener

Y los otros peces se acercaron adonde estaba Ramiro, quien le pidió a su progenitor que lo dejara nadar con sus nuevos amigos, y desde entonces, cada que tenía vacaciones, regresaba al río pero ya no pescaban.

La ranita de la fuente

Había una joven princesa que cada mañana salía para retozar junto a la fuente que estaba en el centro del jardín del palacio. Un día, la princesa descubrió una ranita que vivía ahí, cariñosamente acercó su mano a la ranita, pensando que se asustaría y brincaría al agua, pero la ranita se subió a la mano que le tendía ella. Muy contenta, la princesa comenzó a hablarle y le dijo:

—Ranita, yo me llamo Yessenia, ¿y tú cómo te llamas? —viendo que la ranita no respondía, continuó—. Mira, te voy a contar algo que será un secreto entre nosotras dos, no se lo vas a contar a nadie, ¿oíste? Entonces oye bien lo que voy a decirte. He visto desde la ventana de mi cuarto que un joven príncipe viene por las tardes y se sienta aquí mismo donde estoy ahora, ¿me entiendes?

Y la ranita saltó tres veces en la mano de la princesa, a ella le pareció que le estaba diciendo que sí le entendía, por lo que continuó:

—¿Tú podrías ayudarme para que pudiera yo conocer al príncipe? —y la ranita volvió a saltar.

Lo que la princesa no sabía era que el príncipe también le hablaba y le había pedido lo mismo. Después de lo último que le dijo la princesa, la ranita no sólo saltó sino que empezó a cantar en lenguaje raneril esa famosa aria que cantan todas las ranas al atardecer y que dice:

—¡Garagaragaragaaaaa.....!

La princesa se puso muy feliz pues se dijo que la ranita había aceptado llevar a cabo su petición. Desde ese

día ella se pasaba más tiempo a la orilla de la fuente, pero se iba antes de que apareciera el príncipe, por más que la ranita hacía artes y mañas para retenerla. Unas veces se escondía y no salía cuando la princesa la llamaba, y cuando la princesa quería retirarse, salía y se ponía a cantar. A pesar de todo lo que hiciera, la princesa no permanecía más tiempo porque la reina comenzaba a llamarla.

Una mañana la princesa no fue a la fuente y la ranita se puso muy triste, así estuvo todo el día hasta la tarde; cuando llegó el príncipe la saludó.

— ¡Hola, ranita, ¿por qué estás triste? Si tanto que me gusta verte saltar cuando estás alegre. Ojalá pudieras hablar para decirme qué te pasa, y para que le dijeras a la princesa que estoy enamorado de ella, pero ella va a tener muchos pretendientes cuando cumpla la mayoría de edad y no se va a fijar en mí.

Para sorpresa del príncipe, la ranita comenzó a saltar y a cantar como nunca lo había hecho. El príncipe se sentó en el borde de la fuente a mirar y escuchar a la ranita que, sin dejar de cantar se acercó a él y se subió a su pierna, contando tan fuerte que la princesa la escuchó en palacio, donde estaba con su mamá, a quien pidió le permitiera salir porque se le había quedado su dona preferida en la fuente y no quería que una ardilla se la llevara para su nido.

—Está bien, hija, pero no te tardes —le aconsejó la reina.

La princesa salió preocupada, pues ella creía que su amiga tenía algún problema, quizás algún zanate la estuviese atacando, queriéndosela comer, así que corrió. Cuando llegó cerca vio que alguien estaba sentado de

espaldas en el borde, se dijo que quizás aquel hombre estaría haciéndole algo a su amiga.

—Disculpe señor...

Cuando el príncipe se dio vuelta, la princesa quedó sorprendida al ver quién era y sólo pudo decir:

—... Yo creí que...

—Que le estaba haciendo algo a la ranita, ¿no? —dijo el príncipe.

—Sí —dijo ella ruborizada.

—Jamás le haría un mal a ella, es mi amiga.

—También es mi amiga, y la quiero mucho.

—Acércate —le dijo el príncipe—, tómala y ve lo contenta que está —y le dio la ranita.

La princesa tomó a la ranita en su mano y le dijo:

—¿Qué tal ranita?, pensé que algo malo te pasaba pero veo que estás bien.

Entonces la ranita cantó de nuevo y saltando de su mano cayó al agua, poniéndose a nadar por toda la fuente, haciendo que el príncipe y la princesa se rieran. Ellos se sentaron y se pusieron a platicar hasta que, dos horas después, la reina comenzó a llamar a su hija. Antes de despedirse se pusieron de acuerdo para verse al día siguiente en la fuente.

Monchito y el cajón mágico

Había una vez un niño llamado Ramón, a quien sus conocidos le decían Monchito. Él provenía de una familia muy pobre que a veces pasaban todo un día sin comer. Monchito lloraba desconsoladamente porque veía a su mamá preocupada y sus hermanitos ya estaban enfermando. Su papá había muerto en un terrible accidente; en vida se había dedicado a bolear zapatos para llevar siempre el sustento a la casa, para que no les faltara nada, pero sin él las cosas cambiaron. Un día que Monchito se preguntaba qué podía hacer para ayudar a su familia, se le ocurrió la idea de buscar el cajón de bolear de su papá. Su mamá estaba cada vez más desgastada y no le alcanzaba el dinero para comprar las medicinas que tanto necesitaban, pues lo poco que ganaba lavando ajeno apenas si daba para que engañar el hambre.

Dispuesto a salir a trabajar, Monchito buscó el cajón, lo limpió del polvo y metió allí las latas de cremas, las franelas, los cepillos, las ceras, y todo lo demás que se necesitaba para lustrar zapatos. Se dio cuenta que había un problema, él no sabía bolear, y tampoco había quien le enseñara, por lo que, nuevamente, se echó a llorar desconsoladamente. Así estaba Monchito cuando de pronto comenzaron a cobrar vida todos los enseres del cajón. Él se asombró de tal manera que se frotaba los ojos creyendo que estaba viendo ilusiones o quizás soñando.

Pero no, lo que veía era real, el cepillo, enderezándose, le dijo:

—Hemos escuchado tus lamentos y queremos ayudarte, tú sólo tienes que tomarnos con tus manos y ponernos en los zapatos y nosotros haremos el trabajo.

Monchito se emocionó tanto que no sabía qué hacer. Una vez tranquilizado preguntó cómo podría hacer todo lo que se necesita para dejar un zapato bien lustrado, y una franela respondió:

—Me pondrás en tu hombro derecho, y yo te iré diciendo cómo hacerlo, sólo tienes que ser obediente.

—Muchas gracias —respondió Monchito.

Cuando salió de su casa se dirigió a la plaza del pueblo, donde se instaló junto a una banca a esperar que llegaran los clientes. La gente que pasaba se dirigía a sus trabajos, pero muchos querían llevar relucientes sus zapatos. Entonces el primer cliente se sentó en la banca, colocando su calzado sobre el cajón. Monchito temblaba de emoción, hizo un esfuerzo por controlarse y comenzó a sacar las cosas que se movían por sí solas, como él las sostenía parecía que aquel niño era el más diestro bolero que había existido en el pueblo. Cuando Monchito y sus herramientas mágicas terminaron el trabajo, el cliente quedó muy satisfecho al ver cómo brillaban sus zapatos.

Así, poco a poco, Monchito se fue haciendo fama de buen bolero y, por consiguiente, de clientes. Cuando él no podía asistir a la plaza, las personas preguntaban dónde vivía para ir a buscarlo a su casa. Llegó el momento en que ya no podía atender a todos los que querían que él boleara sus zapatos, y decidió hablar con el equipo de las herramientas y pedirles un consejo. Ellas le dijeron

que no se debía preocupar y que tenía que poner un horario de trabajo para que pudiera ir a la escuela. Los clientes tendrían un día a la semana y una hora para que bolearan sus zapatos.

Monchito le dijo a su mamá que iba a regresar a la escuela y sólo trabajaría tres horas por la tarde entre semana, y los sábados trabajaría cuatro horas en la mañana y tres en la tarde, los domingos serían para pasear con su mamá y sus hermanos. La mamá lo abrazó y besó agradeciéndole lo que hacía por ella y sus hermanos.

Desde entonces, Monchito y sus hermanitos asistían diariamente a la escuela, después de desayunar huevos con frijoles refritos o *jotquéis*, como ellos decían. Los instrumentos del cajón siguieron ayudándolo hasta que fue grande y pudo trabajar en la profesión que había estudiado. Ellos nunca le dijeron que la magia que ellos tenían se las había dado el papá de Monchito, que desde allá donde estaba los cuidaba y ayudaba.

A mi amado esposo

*Para mi amado esposo,
Isidro de la Cruz Ávalos,
en su cumpleaños*

Este quince de mayo
lleno de gran emoción
reciba señor Isidro
una gran felicitación.

Eres una persona honorable,
un gran caballero;
maestro de profesión,
beisbolista por afición.
Recibe de Dios todopoderoso
una enorme bendición,
que guíe tus pasos siempre
y te conserve
con ese gran corazón.

¡Felicidades!

Absoluta libertad

¿Adónde me llevan? ¿Y por qué así?
Son las palabras que retumban en mi cabeza,
ver sus caritas tristes
me causó odio y rencor,
mas tu risa burlona
algún castigo te dio.

Caminar por esos pasillos hostiles
sin pensar siquiera en nada,
sólo pregunto ¿me pegarán?,
¿me tratarán mal?,
¿qué pasará?

Hoy es un día gris para mi familia
y para mí.
El señor comandante dice:
«Ya te vas a ir. Quítenle las esposas.
Ella no decidió venir.»

Cuánta tristeza me invade
aún no lo puedo creer
cuántas cosas he oído
acerca de esta «universidad»
cuál de todas será cierta.
Es hora de comprobar
ver y vivir para aprender.

Han pasado los días
y de todo lo que había oído
nada ha sido verdad
aquí enseñan muy bien
y quizás haya más honestidad.

Entrar aquí ha sido fácil
salir de aquí cuesta un poco más
la graduación es hasta que obtienes
una boleta de absoluta libertad.

El lugar

En este lugar¹ existe otro «lugar»
que a veces causa conflictos,
a veces felicidad que no puede parar.
El «lugar» es una propiedad
que tuya ni mía es,
pertenece al gobierno
que a veces miente sin piedad.

En el «lugar» convives...
En este espacio donde por hoy vives
quiero que entiendas es de paso:
Sólo por el tiempo
que dure este porrazo.

1. Espacio en el área femenil del CRESET, donde las mujeres cocinan, comen, conviven y reciben visitas. Las prisioneras, al referirse a esta área, dicen «mi lugar» o el «mío». Frecuentemente se negocian.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN

* 7

ROSA LIVI CALDERÓN

El árbol de mi infancia * 9

Las palabras de papa * 15

MARÍA GUADALUPE JIMÉNEZ TORRES

Las aves que miro en el cielo * 17

Felicidad y espera * 18

PAULINO LÓPEZ GÓMEZ

Razones del corazón * 19

Amor y cárcel * 21

Un día más de visita * 22

Libertad * 23

El cuerdazo * 24

La hamaca * 26

ANTONIA DE JESÚS MELÉNDEZ MARÍN

Libre * 29

A estudiar * 30

Sociedad * 31

El hombre ideal * 32

JACQUELINE SALMERÓN

El sueño de volar * 33

Las tonteras del rey Midas * 35

Natita * 37

El pescado de la fuente * 41

La ranita de la fuente * 45

GRISELA DEL CARMEN TORRES ZURITA

Monchito y el cajón mágico * 49

A mi amado esposo * 52

Absoluta libertad * 53

El lugar * 55

CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA



Alejandra Frausto Guerrero
Secretaria de Cultura

Natalia Toledo
Subsecretaria
de Diversidad Cultural

Marina Núñez Bernalova
Subsecretaria
de Desarrollo Cultural

Omar Monroy
Titular de la Unidad de
Administración y Finanzas

Esther Hernández Torres
Directora General
de Vinculación Cultural

Antonio Martínez
Enlace de Comunicación Social y Vocero



Adán Augusto López Hernández
Gobernador de Tabasco

Yolanda Osuna Huerta
Secretaria de Cultura

Luis Alberto López Acopa
Subsecretario de Fomento
a la Lectura y Publicaciones

Francisco Magaña
Director de Publicaciones
y Literatura





Palabra en libertad. Antología del Taller literario del Centro de Reinserción Social del Estado de Tabasco, se terminó de imprimir el 12 de noviembre de 2019, en los talleres de Impresionismo de México S. A. de C. V., Doña Fidencia # 109, colonia Centro, Villahermosa, Tabasco. Para su composición se utilizaron tipos Cardo y Robotó. El tiraje fue de 800 ejemplares. La edición estuvo al cuidado de la Dirección de Publicaciones y Literatura.